

## Así son las chicas caldeas

19 de agosto de 2023

**Tengo trece años. Me encuentro en el garaje de un pariente mío, donde todos pasábamos el rato. El garaje siempre ha sido apagado. Sus paredes grises apiladas con cajas de piezas polvorientas de automóviles, equipo para realizar chambas y artilugios diversos. Hay un sofá viejo, rasgado y negro con manchas al que descartaron de su lugar en la sala, y un organizador de zapatos, de esos que se encuentran en la mayoría de los garajes, incluido el mío. El garaje siempre huele a narguile (“*hookah*”), esa pipa de agua culturalmente específica que es muy popular en Oriente Medio y muchas partes de Asia. Siempre podía oler el olor a quemado de cualquier sabor usado la noche anterior.**

El garaje era el lugar donde las familias caldeas se ponían al día entre sí, se edificaban y derribaban a cualquiera que se saliera del redil. Fue donde fumábamos narguile, compartíamos chismes y desde donde veíamos pasear al vecindario. Era un lugar a donde ibas cuando querías ir de visita sin realmente hacer la visita.

Para la visita, hay unas cuantas sillas plegables color marrón ubicadas contra las paredes. Hubo una época en que llenaban el garaje los sonidos de risas, chismes, y música árabe que salía a todo volumen por los parlantes. Aún puedo escuchar vívidamente el sonido calmante de las burbujas de agua cada vez que alguien inhalaba. Aún puedo oler carbón quemado y tabaco con sabor en cada exhalación. Todavía puedo sentir el humo espeso en mi largo cabello negro y ojos marrones.

Mis familiares que nacieron o crecieron en los Estados Unidos me dijeron que yo era caldea.

"¿Qué es eso? " Pregunté ingenuamente.

"Somos nuestro propio pueblo, cuyas raíces se remontan a la antigua Babilonia, en lo que hoy es Irak. Somos católicos y una minoría religiosa, que fue perseguida por nuestra religión en un país predominantemente musulmán ".

Aprendí que la cultura caldea es antigua. La comunidad de caldeos que también son inmigrantes, tienen un gran orgullo en su cultura. La cultura viene con muchas expectativas y normas, especialmente para las mujeres. Nadie está exento de obedecer y seguir la cultura, ya que las comunidades de inmigrantes como la mía se aferran a las tradiciones que protegen la cultura.

Los diferentes lugares que he ocupado a lo largo de mi vida enriquecieron pero complicaron mi sentido de identidad racial. Nací en Bagdad, Irak en 2001, pero mi tiempo en mi ciudad natal de Bagdad fue limitado debido a la guerra de Irak en 2003. Mi familia y yo tuvimos que emigrar de Irak por nuestra seguridad.

Solicitamos la residencia permanente en los Estados Unidos a través del patrocinio familiar, pero el proceso generalmente lleva años, y así fue.

Afortunadamente, en ese momento, mi padre tuvo la suerte de buscar una visa de trabajo en los Emiratos Árabes Unidos (EAU), y nos concedieron la residencia allí en 2008. Tenía siete años en ese momento, así que esencialmente crecí y pasé la mayor parte de mi infancia en los Emiratos Árabes Unidos.

No teníamos familiares cercanos, solo unos pocos miembros lejanos que también residían en los Emiratos Árabes Unidos. Me encantó el tiempo que pasé en los

Emiratos Árabes Unidos porque fue mi primer hogar permanente. Estaba rodeado de un grupo diverso de personas, principalmente otros árabes con diferentes nacionalidades. Mis amigos eran todos árabes, mi comunidad era árabe, mi iglesia era árabe, mi idioma diario era árabe. De hecho, todavía no había conocido ni sabía de personas caldeas aparte de mi familia.

Muchos caldeos huyeron a los Estados Unidos en medio de la guerra. La invasión estadounidense de 2003 desplazó a muchos iraquíes. Los caldeos residen en estados como Michigan, California, Chicago y Arizona. Michigan, en particular, se ha convertido en el corazón de los caldeos debido a la comunidad establecida que cuenta con numerosos recursos y oportunidades. Ese no era el caso en los Emiratos Árabes Unidos. Sin embargo, mi vida se vio alterada y sufrió un revés en 2015.

*Por fin se nos había concedido la residencia en Estados Unidos después de una espera de 13 años.*

Mi familia decidió comenzar una nueva vida en los Estados Unidos para buscar mejores oportunidades y estar con nuestra familia extendida, ya que habían estado viviendo en los Estados Unidos durante una década más o menos. Me devastaba dejar atrás a mis amistades y al lugar que consideraba mi hogar. No tenía idea de lo que sería mi nueva vida en EE. UU.

Aunque era étnicamente caldea, mi tiempo en los Emiratos Árabes Unidos no me permitió explorar mi propia cultura hasta que estuve en los EE. UU. Parecía que me habían puesto una nueva identidad y etiqueta, y no sabía lo que eso significaba para mí. Mudarme a los Estados Unidos a los 13 años, y a una ciudad

tan densamente poblada por caldeos significaba que era inevitable que me viera influenciada por los ideales de mi cultura en este nuevo país. Nunca pensé en mi identidad étnica cuando estaba en mi ciudad natal, ni en mis siete años en los Emiratos Árabes Unidos. Todo esto cambió cuando estuve aquí en EE. UU.

Me enfrentaba y luchaba contra múltiples crisis culturales transfronterizas. ¿Soy árabe, caldea o estadounidense? No sabía lo que era, pero parecía que el destino me deparaba una identidad.

"Métete en la foto, nos estamos tomando una *selfie*", gritaron mis familiares.

"Déjenme arreglarme el pelo", dije.

"No sonrías bien", me dijo uno de ellos.

¿Sonríen las chicas caldeas de una manera particular en los Estados Unidos?

Mientras extendía mis labios para que coincidieran con sus sonrisas caricaturescas, me decía que obviamente existe una diferencia cultural. Es lo que pensaba internamente. Me volví cohibida por mi sonrisa y mis dientes. A partir de entonces, comencé a sonreír con la boca cerrada. No pensé mucho en el comentario porque, después de todo, nuestras noches familiares en el garaje eran *solamente de diversión*.

Durante una de esas noches de narguile en el garaje, una familiar compartió las fotos de su boda con mis primos y conmigo. Inmediatamente noté que todas las mujeres en la fiesta de bodas parecían idénticas. Flacas, jóvenes, de piel clara y vestidos ajustados. Estoy segura de que el sastre les hizo los vestidos a las medidas de sus cuerpos igualmente "perfectos." Señaló una foto de sus damas de honor, con asombro admirando lo guapas que eran todas. Su boda "perfecta". Sus "perfectas" amistades. La ausencia de química de las chicas, paradas en fila como

si fueran trofeos de distintos deportes, era visible a través del lente de cámara. Cada una estaba decorada como una especie de muñeca sin vida en la misma tela brillante, con el mismo estándar de perfección, con diferentes expectativas poco realistas para la cultura que se les encomendó defender.

Señaló a otra persona y tuvo la audacia de decir:

“De haber sido delgada, habrías sido mi dama de honor, pero solo elegí chicas delgadas, para que mis fotos de boda resultaran perfectas”.

Estaba horrorizada. La humillación causó que la sangre volara a mis mejillas. Estoy segura de que mi cara se puso roja. Recuerdo haber pensado que su comentario era tan injustificado. ¿Me traicionan mis oídos? ¿O de verdad acaba ella de decir eso?

Los caldeos hacen todo lo posible en cuanto a sus bodas, y a fin de impresionar a sus invitados, pueden llegar a ser extravagantes. Para mi familia, además del menú, las decoraciones y los arreglos florales, mantener un estándar corporal poco realista era clave y refleja una de las expectativas de ser una chica caldea: "Las chicas caldeas *tienen que ser flacas*".

Este fue uno de los primeros recuerdos de que me dijeran “cómo deberían ser las chicas caldeas”. Debería ser delgada, dijeron.

Durante otra reunión en el garaje, se fijaron en mí por la forma de mi nariz.

“¿Has considerado la posibilidad de que te hagan una operación de nariz?” preguntaron.

“Nunca he pensado en el tamaño o la forma de mi nariz”, respondí, acostumbrándome a sus degradaciones rutinarias. Nunca presté mucha atención a mi sonrisa, cuerpo y nariz, pero estos comentarios me revelaron algo sobre las chicas y mujeres caldeas: hay un código que yo no estaba cumpliendo.

La presión para cumplir con un determinado estándar de belleza cultural condujo a una imagen corporal pobre y a un trastorno alimentario. Aprendí rápida y dolorosamente con estos comentarios que soy solo una chica caldea si obedezco estos estándares poco realistas.

Tengo catorce años. Acabo de empezar la escuela secundaria y sé que mis padres lo dejaron todo atrás para darme a mí y a mis hermanos una mejor vida y oportunidades.

En ese momento, estaba explorando mis intereses y posibles vías profesionales. Me interesaba la escuela de belleza; me interesaba peculiarmente la escuela de odontología; me interesaba la facultad de derecho. Era como cualquier otra adolescente que soñaba libremente y expresaba lo que quería ser cuando fuese grande.

Mientras inhalaba el narguile, una de mis familiares preguntó en son de burla “¿Entonces a qué te vas a dedicar exactamente?” Con esa voz sarcástica, la idea era que todos se rieran. Todos voltearon a ver mi reacción, con malvadas sonrisas de burla esperando que yo respondiera. Debería haber sabido que responder fuera de sus normas solo conduciría a una mayor humillación.

Sin dudar, respondí firmemente: “Quiero aparecer en carteleras”. A sus miradas les respondí con mi propia mirada de determinación; me rebelaba. Dejaron de

sonreír. Me los imaginaba pensando que “cómo se le ocurre a ella tener sus propios sueños”.

Sus caras fueron invadidas por miradas de sorpresa. “Las chicas caldeas se casan y tienen bebés”, abruptamente dijeron, *pues eso es lo que hacen las chicas caldeas*. Aún conservo este recuerdo, esta remembranza de que me dijeran el papel que cumplen las chicas caldeas. Debería casarme y tener hijos.

La cultura caldea está orientada a la familia y tienen familias grandes. Aunque la cultura asigna un alto valor al matrimonio y los niños tanto para hombres como para mujeres, la presión social y cultural es considerablemente más fuerte para las mujeres. Dado que la cultura caldea (según el nombre) está arraigada a la fe católica, la creencia es que las mujeres se crearon para tener hijos y que el sexo y el matrimonio están diseñados solo para la procreación. En lo que es indiscutiblemente una cultura patriarcal, es muy común que las mujeres caldeas sean esposas que permanezcan y se dediquen al hogar y que los hombres sean el sustento principal del hogar.

Ya que solo había vivido por un año en EE. UU., todavía estaba aprendiendo mi cultura. No podía entender lo que implicaba el comentario y lo único en lo que podía pensar era: ¿cómo se les ocurre decirme, en un pinche desgraciado garaje opaco y roñoso, que no puedo tener mis propias ilusiones?

Estaba enojada.

Ya no consideraba que esos ratos de esparcimiento en nuestro garaje fueran *solo por diversión* y que no debería tomarme todo *tan en serio*. Empecé a ponerme a la defensiva y a tomarme las cosas personalmente.

Sin embargo, no podía permanecer enojada. No podía cuestionar nada. No me

podía conmover. No se me permitía demostrar lo herida e insultada que me sentía porque también me habían dicho que *las chicas caldeas no arremeten a responder. Una chica caldea se recompone y actúa con clase.*

Es muy común que las mujeres caldeas aparenten estar tranquilas y serenas a fin de permanecer en su energía femenina de buenos modales. Estas “normas” y expectativas están arraigadas en la misoginia, y son comunes en muchas culturas, pero siempre me recordaron que esa era la naturaleza de las chicas *caldeas*. Yo interioricé estas normas como “el estándar caldeo” y comprendí que cuestionarlas implicaría que yo iría en contra de mi cultura. Después de todo, ¿quién soy yo para desafiar y cuestionar una cultura antigua que sobrevivió al exilio, la guerra, la persecución?

Tengo quince años. Otra noche en el garaje. Centraba toda mi atención en mi celular, a medias escuchando a todos entablar una conversación muy tóxica sobre nuestra prima de 10 años, que está desarrollando senos antes de lo habitual. Alguien hizo el comentario sobre cómo sus senos son “asimétricos”. De repente alcé mi cabeza Y no me pude contener.

Mientras mi teléfono caía en mi regazo, le dije: “Ya déjate de pendejadas, cabrón, que ella tan solo tiene diez”.

Puse mi mirada asesina. Comprendí que para ellos yo no era el único blanco, sino toda persona que no cumplía con los estándares y las expectativas de ser una chica caldea. La sensación de injusticia había ido aumentando gradualmente y me había estado desgastando. Me vi a mí misma en la prima de 10 años y no podía evitar defenderla. Estaba furiosa. Pero, ¿cómo me atrevía a sentirme así?



Una familiar se encargó de desafiarme cuando todos, de hecho, me habían humillado: “¿Por qué tienes que gritar cuando hablas? ¿No sabías que las chicas caldeas son tranquilas?” De repente, todos los demás empezaron a contribuir su granito de arena.

Era como un eco de voces que me atacaban. Una voz dijo: “Ningún hombre se va a casar contigo si levantas la voz. A los hombres caldeos les gustan las chicas tranquilas”. Todos voltearon los ojos en gesto de fastidio, como diciendo: Ay, aquí va ella de nuevo.

A una de ellas le indiqué que era una “maldita bruja.” Perdí el control.

¿Cómo se me pudo olvidar? ¿Cómo me atreví a desafiarlos? Las chicas caldeas son pequeñas, perfectas, de habla suave, femeninas y tímidas. Esa es la naturaleza de *las chicas caldeas*.

¿Por qué no podía aceptar eso? ¿Por qué tenía siempre que ponerlo en duda?  
¿Pero qué había de malo en eso?

Me quedó claro que me sentía disminuida, pequeña, atacada e invisible en todo momento. Esa presión externa para disculparme por existir no era pura casualidad, ya que estos momentos también sufría de un trastorno alimentario y mi salud mental comenzó a deteriorarse.

Tengo dieciséis años. Finalmente, fue una de estas noches en que dejé de asistir a las reuniones en el garaje. Lo había intentado en el pasado, pero siempre pensé: ¿y si cambian? ¿Y qué tal si no quieren hacerme daño? Esta vez, me sentía como si fuera una botella desbordada que se rompió y explotó, y no podía soportarlo

más.

Me hice la promesa que encontraría en mí misma la fuerza para jamás regresar. Ya no soportaba oler el olor a carbón en mi cabello. Ya no soportaba oír el sonido de las burbujas de agua del narguile. Ya no soportaba oír hablar de la chica que se operó la nariz y tuvo una boda extravagante. Y por supuesto, ya no soportaba escuchar sobre la naturaleza de las chicas caldeas. El garaje comenzó a atormentarme y a ser una imagen agobiante de las razones por las que yo no daba a la medida. No daba con el peso. No daba con la belleza. No daba con los buenos modales. No daba con la obediencia. No daba con la sofisticación. No daba con ser atractiva. *No daba con ser caldea.*

Lentamente caí en un ciclo de ansiedad y depresión. La decisión de dejar de pasar tiempo con mis familiares me hizo cuestionar mi valía. Fue una época solitaria. Sin embargo, cada vez que consideraba regresar, me recordaba lo miserable que siempre me sentí al estar allí.

Tengo diecisiete años. No dejan de reunirse solo porque yo deje de ir. Todavía estoy bienvenida e invitada a ir porque, a fin de cuentas, *todos somos familia*, y solo defendían creencias y comportamientos que sostienen mi cultura de manera importante. Aunque no lo entendieran, sus comentarios y comportamientos me hicieron sentir incómoda, herida y enojada. Más bien, no los entendía y aparentemente, tampoco entendía mi cultura, así que me veía a mí misma como una extraña, un caso atípico y la oveja negra. Sabía que, a vista de ellos, yo estaba “equivocada”, simple y sencillamente.

Un día, estaba sola en casa mientras todos se reunían para una fiesta de

cumpleaños. El garaje estaba abierto porque era un hermoso día soleado y yo recién había vuelto de una caminata. Una familiar irrumpió en el garaje (ya que vivimos en el mismo barrio) y entró en la casa a través de la puerta de la cocina.

"Oye... ¿por qué estás en casa? Se supone que debes estar en la fiesta de cumpleaños" -preguntó confundida.

"Lo sé, decidí no ir", dije, con la voz temblorosa.

"¿Y eso por qué? No lo entiendo". Sus cejas se fruncieron.

"Simplemente no quería ir", respondí.

"¿Puedo hacerte una pregunta, y serías honesta conmigo?" dijo ella agresivamente.

Mis ojos se abrieron y mi corazón comenzó a latir muy rápido. Empecé a temblar y a sudar.

"Sí..." tartamudeé.

"¿A tí qué te pasa? ¿Por qué eres así?" Y con un portazo, salió y se fue.

Lágrimas cálidas corrían por mis mejillas, y rompí a llorar por un largo e inconsolable rato. La pregunta no solicitada solo solidificó y validó todos mis sentimientos de indignidad e inseguridad.

*Tal vez algo en realidad me estaba pasando.* Quizás yo era el problema. ¿Por qué no puedo ser una chica caldea normal? Me preguntaba, todavía llorando incontrolablemente en el suelo. Me gustaría jamás haber sido una chica caldea. Pero mis sentimientos de indiferencia no eran una opción. No podría ser otra cosa.

Física y emocionalmente, estaba fuera de las normas. No encajaba en el molde.

No seguía el código. No daba la talla, ni en apariencia, ni en comportamiento.

Lamentablemente, lo vieron como una traición y creyeron que tal vez algo malo

me pasaba.

Tengo dieciocho años. Realmente no empiezo a sentirme conscientemente incómoda de ser una chica caldea hasta que cumpla los dieciocho. Llego a la conclusión de que mis sentimientos de incomodidad y exclusión durante todo este tiempo se han debido a mi resistencia a cumplir con las expectativas de ser una chica caldea. Me tomó todos estos años darme cuenta de la causa raíz de mi confusión en cuanto a por qué me sentía incomprendida. La diferencia de cultura me obligó a llegar gradualmente a esta conclusión.

En este punto tengo autonomía legal. Puedo buscar ayuda profesional sin necesidad de permiso de los padres. Había estado esperando el día en que pudiera usar mis ahorros para ir a ver a un profesional y abordar mi trastorno alimentario, que afectaba mi bienestar mental y emocional, sin mencionar mi cuerpo. Pagando de mi bolsillo, comencé a ver tanto a un *coach* de salud como a un terapeuta.

Mi primer terapeuta fue una mujer caldea. Esto sería productivo, ¿verdad? ¿Cierta que ella me entendería y se identificaría conmigo como congénere caldea? La realidad resultó distar muchísimo de la verdad. Después de exponer los comentarios y comportamientos de mis familiares, me compartió unos cuantos puntos de vista suyos.

“¿Has considerado rezar el rosario?” —preguntó ella.

Me ericé.

"He tratado de rezar al respecto, pero no ayudó", respondí pasivamente. Mi frustración ardía con una nueva pasión.

"Tu caso es común en muchos de mis pacientes caldeos adolescentes".

"Tienes que aprender a amar la cultura y a tus familiares porque, después de todo, "eso es lo que somos como caldeos ", dijo con una carcajada odiosa. Fue como una pesadilla, pero de la que no me podía despertar.

Ese fue el último día que la vi. Me senté en mi auto a sollozar.

Su consejo poco ético y completamente poco profesional reflejaba su propia experiencia limitada como mujer caldea. También desató dolorosamente el recuerdo de las palabras de mis familiares: *¿Quién te crees para desafiarnos? Así somos nosotras*. Podría aceptar esto o seguir siendo, a los ojos de ellos, una marginada. Y su consejo sobre rezar era que, esencialmente, eliminara mi trauma a punta de oración y fuese sanada de cualquier cosa que estuviera mal en mí. Volví a la mentalidad: *¿qué demonios me pasa? Quizás yo sea el problema*.

Unos meses más tarde, contraté específicamente a un terapeuta estadounidense. Después de algunas sesiones de evaluación y de escuchar mi historia, me aseguró algo:

"No hay nada malo en tí". Me sentí aliviada, pero todavía no le creía.

"No tienes ningún trastorno de la personalidad",

"¿Puede revisar una vez más? Tal vez le faltó algo en su diagnóstico". La sensación persistente de frustración y confusión resurgió.

"Pienso que algo me puede estar pasando", estaba incrédula.

"Lo que debes hacer es respirar profundo. Soy una profesional, y confío en mi diagnóstico. La causa raíz de todos tus problemas es muy cultural. De todo esto nos podemos ocupar". Me sentí nerviosa, tentativamente aliviada; tal vez no hay nada malo que me pase.

Ahora sé que muchas de mis respuestas fueron respuestas traumáticas: dietas fluctuantes, respuestas en arremetida, tendencias a la adicción al trabajo (conseguí tres trabajos en un momento dado para evitar las reuniones familiares). Aprendí un nuevo oficio para sentirme digna e importante, y quería perfeccionarlo (desafortunadamente, el perfeccionismo culturalmente gratificante también es una respuesta al trauma). Había muchos comportamientos que tenía que desaprender y trabajé con mi terapeuta. Aprendí a regular mis emociones y a canalizar mis sentimientos de manera saludable. Aprendí técnicas de respiración profunda para regular mi sistema nervioso.

Otra reunión familiar a la que me negué a ir.

"¿No vas a volver?" preguntó un familiar.

"Por ahora no, no voy a ir". Estaba nerviosa, pero esta vez iba a defenderme con calma.

"Si no pasas a saludar, pensarán que estás loca y que algo te está pasando".

Otra vez apareció esa sensación. Me dolía el corazón y me dolía el estómago. En el pasado, había arremetido, gritado, maldecido y llorado. No quería que me recordaran las acciones apropiadas de las chicas caldeas: "necesitan aprender a amar la cultura porque esa es la naturaleza de las chicas caldeas". Esta vez, no. Mantuve la cabeza en alto y dije: "Pueden pensar que estoy loca, pero estaré bien".

Poco a poco comencé a usar las habilidades que estaba aprendiendo de mi terapeuta. Un mecanismo de afrontamiento era escribirlo, así que escribía mis sentimientos y trataba de entender por qué se hacían los comentarios. Empecé a ver y sentir cambios de paradigma. La paz y el control ahora eran algo alcanzable

para mí.

En medio de todo esto, comencé la universidad y estaba emocionada de conocer gente nueva y aprender. Rápidamente me di cuenta de lo mucho que disfrutaba ser estudiante universitaria. Me gustaba tener discusiones abiertas con mis compañeros. Me gustaba que me animaran a usar mi voz auténtica. Me gustaba escribir sobre temas que me interesaran e incluso canalizar mi diversidad e historia de inmigrante en mis escritos. También descubrí que era inteligente, que me veían así y que me gustaba.

Hablaba con firmeza, hacía preguntas, abogaba por los demás, denunciaba la injusticia, hablaba por mí misma y desafiaba ideas, y argumentaba en contra de los problemas que me importaban. Ahora me elogiaban por ello. Las mismas cosas por las que fui criticada dentro de mi familia eran las mismas cosas por las que me homenajearon en la universidad. Encontré una comunidad donde fui bienvenida, vista, escuchada y validada por mis pensamientos. Adquirí una nueva sensación de confianza. Quizás nada malo me estaba pasando.

Tengo diecinueve años. A estas alturas, ya no me invitan a reuniones familiares aparte de los días festivos importantes. Se vuelve evidente que tengo la intención de no estar allí. Ellos saben eso.

"Has engordado un poco", comentaban. Por lo general, me habría llevado al mismo lugar: *"Las chicas caldeas son delgadas - así son las chicas caldeas. No soy lo suficientemente delgada. Así que no soy lo suficientemente caldea."*

Esta vez, no me afectó. Estaba navegando por ambos mundos, aferrada a ese poderoso pero complicado tema controversial de la cultura fronteriza. Vivía en una cultura que me aceptaba y me veía por lo que era, mientras que también

habitaba en una cultura que hacía lo opuesto.

Estaba ocupada trabajando duro como estudiante de escritura y en mi nuevo rol como especialista en escritura, y me sentí empoderada para usar mi voz. Me aferré al mundo que me entendía: mis profesores, compañeros de clase y de trabajo y otros estudiantes a los que estaba ayudando (me contrataron para ser una especialista en escritura que ayuda a los estudiantes con su escritura). Poco a poco, comencé a usar mi voz para abogar por mis estudiantes.

Tengo veinte años. Estoy floreciendo profesional, académica y personalmente. Ya no necesito ver a una terapeuta. He encontrado un grupo de apoyo de amigos y mentores en la universidad. Se me ofrece la oportunidad de ser coautor de un capítulo para fines de publicación del que estaba más que orgullosa.

El eco del interrogatorio comenzó: “¿Por qué alguien publicaría tus obras? ¿Qué tienes que decir realmente? Nadie va a publicar nunca tus obras, ¿verdad?”

Sus voces han alimentado un síndrome de impostor latente y me han desalentado de aceptar mi oferta de publicación. Me encuentro en el mismo lugar donde me decían mentiras tales como *las chicas caldeas no tienen sueños. Las chicas caldeas se casan y tienen bebés.*

No arremetí en contra de ellos. Y aunque no me faltaban las ganas, no quería que me recordaran lo que son y no son las chicas caldeas: *Las chicas caldeas no arremeten; son calladas y serenas.*

Frente a estas presiones, no salí de un portazo. Nunca les respondí y no les cedí mi poder. Mi silencio hablaba más fuerte que cualquier comentario de odio que



pudieran aunar contra mí.

Seguía prosperando en la universidad, y me sentía valorada y vista de forma auténtica. Un mes antes de cumplir los veintiún años, gané un prestigioso premio por promover la tolerancia racial y la unidad entre mi comunidad universitaria. Lograr este objetivo de cultivar la diversidad y la inclusión, romper los estereotipos culturales a través de mis logros académicos y mi participación en el liderazgo, me hizo sentir más orgullosa que nunca. No podía creer que me estuvieran homenajeyendo por algo que, mientras crecía, me presionaban a ignorar.

Esta victoria me dio muchas revelaciones y epifanías sobre mi vida y antecedentes. Para mis familiares, eso no era suficiente.

"No entiendo lo que realmente hiciste", comentaron.

"¿Qué hay de mucha importancia en todo esto?"

Más que nunca, ya no me afectó. Triunfé. Las fronteras duramente ganadas que construí con dificultades se mantenían firmes. La victoria de la beca competitiva me dio un nuevo sentido de validación, confianza y credibilidad. No importaba lo que pensarán de mí. Entendí que las mismas personas que me rechazaron no me homenajearían. ¿Por qué razón lo harían? Pero no me importaba.

Poco después, me encontré con una mujer caldea que trabaja en el recinto universitario, y ella expresó su orgullo por mí.

"Escuché y leí tu historia y admiro tu valentía para compartir tu voz. No todos pueden encontrar su voz, y tú lo hiciste".

Sonreí humildemente, llena de orgullo.

"Soy caldea, tú eres caldea y tú eres mi inspiración", dijo ella.

Esa interacción me dejó llena de un nuevo deseo. Solo esperaba que ella pudiera ver la profundidad de mi pasión por lo que estaba luchando y los años que me llevó llegar hasta aquí. Tenía un ardiente deseo de expresarle que *no soy la típica chica caldea*.

Ahora tengo veintiún años. He llegado a aceptar el hecho de que nunca me van a aceptar en mi propia comunidad completamente sin ocultar o sacrificar abiertamente quién soy. Nunca voy a ser una chica caldea tradicional. Soy una chica progresista caldea, pensadora y defensora cuyo concepto de belleza, talla, poder personal y autenticidad es el mío propio. Soy una chica caldea progresista que tiene una mayor tolerancia a la diferencia y una apreciación de la diferencia. Soy una chica caldea progresista que tiene un sentido diferente del propósito de la vida. Reconozco que sí se puede ser una chica caldea pero con un sentido de apertura y aceptación hacia cualquier persona que no encaje en el molde. En un momento dado, no entendía por qué pensaban que yo era demasiado progresista. Tal vez porque soy antirracista, porque soy pro-elección en cuanto a derechos reproductivos, porque soy pro LGBTQ+, pro-diversidad. Ahora entiendo por qué me veían como una amenaza.

Teniendo en cuenta la historia de persecución de muchos caldeos en Irak, los caldeos generalmente se preocupan por la supervivencia de su cultura, incluida su identidad, religión e idioma. Al igual que con la mayoría de las comunidades de la diáspora, se enfrentan a los desafíos de mantener viva la identidad y la tradición dentro de otras culturas, por lo que se esfuerzan con pasión por preservar su identidad dentro de otras culturas rechazando y desafiando cualquier amenaza social y cultural externa.

La buena noticia es que entiendo por qué no encajo. No es porque algo malo me esté pasando o incluso porque haya algo malo en mi comunidad. No estoy en contra de mi comunidad. No estoy en contra de las chicas caldeas tradicionales que encajan y pertenecen fácilmente. Soy intrínsecamente diferente, pero siempre seré una chica caldea. Siempre escucharé y bailaré música árabe y caldea. Siempre comeré cocina caldea e iraquí. Siempre leeré, hablaré y escribiré en árabe y caldeo. Me baso y me inspiro en el poder de mis antepasados caldeos.

Recientemente, expresé cortésmente esta actitud a mis familiares. Esas cosas por las que lucho importan.

"Cuando crezcas un día haciendo tu representación liberal, luchando por los derechos de los homosexuales y las mujeres, todos los caldeos te odiarán", uno de ellos me recordó.

"Ah, pues, pueden odiarme", comenté con rebeldía. "Representaré y lucharé por la justicia y la igualdad para cualquier persona, especialmente como aspirante a abogado". Sé que mis palabras no cambiarán su forma de pensar, y no hay problema en eso.

Sorprendiéndome en su hábil articulación de mi complicada existencia cultural fronteriza, un pariente me dijo: "Vas a tener una vida difícil equilibrando y navegando por ambos mundos", comentó.

"Créeme, lo sé. Lo sé." Le dije

Sé que en estos momentos, mis decisiones y palabras son mías. Nada cambiará la percepción en la que me tienen, como alguien que "ignora" su cultura. La

celebración de mi valor vendrá del mundo, y nunca necesitaré sus elogios.

Ni su apoyo ni opinión jamás me importarán ni cambiarán el camino que he comenzado a trazar. Además, este camino mostrará a las niñas caldeas de todo el mundo que está bien valorar su identidad y encontrarse a sí mismas, que *no hay nada malo en ellas*. Aunque no conté personalmente con este tipo de inspiración, nunca quiero que otra chica caldea sea una oveja negra solitaria, que se sienta como si tuviera que disculparse por ser quien es.

Hace unas semanas, me encontré de nuevo en ese garaje, ya que tenía que recoger un aparato y había estado haciendo recados, sin planes desde el principio de estar allí. Ojalá pudiera decir que me sentía en paz estando allí, que los años de distancia eliminaron la ansiedad que este espacio ocupaba en mi cuerpo. Al igual que muchos sobrevivientes de traumas, todavía estaba tensa, vigilante, nerviosa y lista para ser atacada por algo.

Un pariente me ofreció una jalada de narguile. Tiré mi frondosa cabellera negra hacia atrás cual latigazo y le respondí, “necesito ir a casa y practicar el discurso que daré mañana”. Él sonrió y condescendentemente dijo: “me alegra por tí”.

Sabía que no me lo decía en serio. Alejé la mirada, ansiosa de recoger lo que necesitaba y marcharme.

El pariente trató de nuevo con un: “¿Por qué no has visitado? Hay que traer de regreso aquellas buenas épocas de antes”.

Miré y sonreí.

Esta vez sus palabras no me afectarían. Respiré hondo: “Soy una chica ocupada”.

Y giré y me fui.

---

## Autor

Mena Hannakachl [ella] es una estudiante de pregrado con especialización en Escritura Profesional y Digital en el departamento de Escritura y Retórica de la Universidad de Oakland, ubicada en Rochester, MI.

Las actividades académicas de Mena están profundamente arraigadas en su pasión por la justicia lingüística y la diversidad, donde realiza investigaciones y aboga por los derechos de los estudiantes a su propio idioma mientras aprende sobre la pedagogía antirracista.

Como especialista en escritura integrada con experiencia, ubicada en el recinto universitario (similar a la función de una asistente docente), brinda apoyo de escritura personalizado a sus compañeros matriculados en clases de escritura de primer año a través de tutorías individuales. Recientemente, ha asumido el papel de mentora de pares en el Centro de Iniciativas Multiculturales, donde continúa promoviendo la inclusión y empoderando a los estudiantes, especialmente al crear conciencia sobre entornos de escritura inclusivos libres de prejuicios y sesgos.



Además, es coautora activa de un capítulo de libro con su profesor sobre microagresiones raciales donde analiza las prácticas educativas excluyentes que ponen en riesgo a los profesores de carrera temprana y a los estudiantes de pregrado. A partir de sus propias experiencias como estudiante de color, su objetivo es arrojar luz sobre las posibilidades de

liderazgo en justicia social, activismo en el lugar de trabajo y empoderamiento de los estudiantes dentro de las aulas de escritura. Después de completar su licenciatura, aspira a estudiar en la facultad de derecho, ya que actualmente está estudiando para la prueba de admisión a la facultad de derecho (LSAT). Mena espera ser abogada de derechos civiles y eventualmente comenzar una organización sin fines de lucro en la que luche por los problemas que más le apasionan. Más allá de sus actividades académicas, a Mena le gusta viajar, jugar al tenis y desarrollar su talento artístico en temas de maquillaje.

### **Contacto**

**[mkajal@oakland.edu](mailto:mkajal@oakland.edu)**

**[menahannakachl@yahoo.com](mailto:menahannakachl@yahoo.com)**